

*sara sefchovich*

## **disco maternidad**

*Para Aída, mi madre*

### **Cara Rápida**

Parada junto a la ventana como Orlando cuando se hizo mujer, belleza de mi vientre enorme, de mi cuerpo tan capaz de transformarse, belleza de verlos salir, de sentir el vacío y tiritar. Los veo llorar, para saber hoy y siempre sus cuerpos tibios, sus cuerpos calientes, sus caras, sus ojos, sus manos, las uñas sucias, la piel lastimada en infinitas caídas, la fantasía.

*Todos creían que la luna era de queso  
cuando ningún astronauta había llegado  
y llegaron las astronautas  
pusieron la cabeza de lado  
y mordieron la luna  
y se les cayeron los dientes*

*y entonces los pusieron en una bolsita  
y se los llevaron a la tierra.*

Ian

Todo se me enchina cuando pienso en ellos, en sus cuerpos, en mis regaños, en los años que pasan y los disfrutes, en los miedos, en las horas perdidas, en el deber ser. Debí haberme parado, no hacer nada y sólo mirarlos, oír como inventan el mundo.

Los amo en sus miedos y en los míos, en sus suspiros en medio de la noche, los cuerpos envueltos, los cuerpos desnudos nadando, los pies tan delgados imaginando cascos espaciales y coches de carreras corriendo en camisetas numeradas mientras rompen las macetas y hacen proyectos para ser. Los amo en su mochila sucia, en los miles de chocolates, en sus ganas de que no me vaya nunca, en sus rebeldías, sus berrinches y su posesión.

*Apúrate hoy en la noche  
tárdate sólo lo necesario,  
o mejor,  
no te vayas.*

Rodrigo

Los amo en su libertad que quiere cenar los domingos ya demasiado tarde, en sus robos de dinero y en las hojas arrancadas de mi cuaderno para dibujos hechos a plumón mojado en agua, inventando palabras, abriendo la puerta en momentos inoportunos, enojados conmigo porque no les compré más.

Mi hija, su sonrisa y mis ganas de llorar, sus pelitos de caricatura colgando a los lados en eterno desorden y en flecos que se empeñan en no ser. Mi hija, con sus tenis viejos y sus vestidos nuevos, con las muñecas sucias y la panza que le duele otra vez.

*Desde hoy,  
me quiero llamar copo de nieve.*

Sol

Acariciando gatos y buscando pájaros muertos, recogiendo grillos y disecando arañas. Mi niño lleno de cuentos en la cabeza y de goma de mascar. Mi hijo que lee sin entender lo que leyó, mi hijo con sus cuadernos de hojas rotas pintando letras ilegibles, aburrido y viendo la televisión, siempre con ganas de salir a taquear. Mi hijo con su suéter azul, con su cuello de tortu-

ga, mi hijo portero de futbol, mi hija llorando por sus peces muertos, metiendo tortugas en la mochila, perdiendo el dinero, olvidando su camisa nueva.

Los amo mis hijos, sus figuras llenan mi amor, llena mi desesperación, son el sentido y la fuerza para ser y seguir, están en el espacio y en el tiempo recibiendo, inundándome, cubriendo mis huecos y mis trampas y el tiempo se va.

Cuántos parques y cines hemos hecho juntos, cuántos pleitos y visitas, cuántas compras y planes, cuántos soles y albercas, cuántas prisas y coches en periféricos atestados, cuántos malos humores y refrescos, cuántos abrazos y fiestas y tardes bailando sobre el colchón, y el tiempo se va.

Tengo miedo de perder este calor, estas presencias que lo son todo, este cotidiano regatear, esta llenez, este tiempo que ya se va.

Mis hijos mis llantos mis rabias mis culpas mis dudas mi ternura su ternura y tantos cafés inútiles que debí cancelar, tantos rollos imbéciles que no debí escuchar para sólo mirarlos.

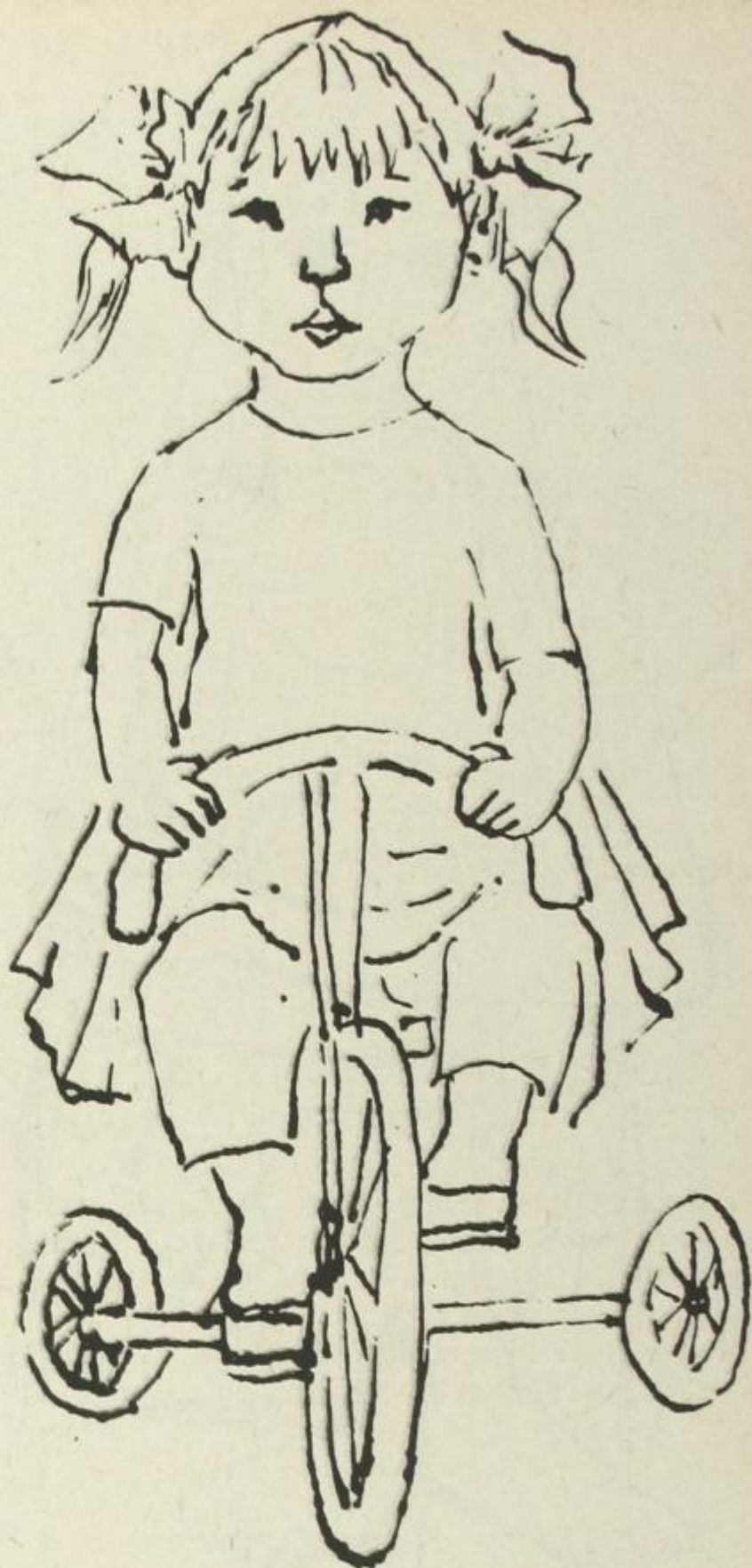
Desde la leche que les di y el miedo a aquella operación, desde el pantalón roto y el regaño fugaz: todo puede desaparecer, todo que desaparezca, mis hijos están aquí y son todo.

Son la luz y la noche. Son los cuidados y la fuerza. Mis hijos: mi valor.

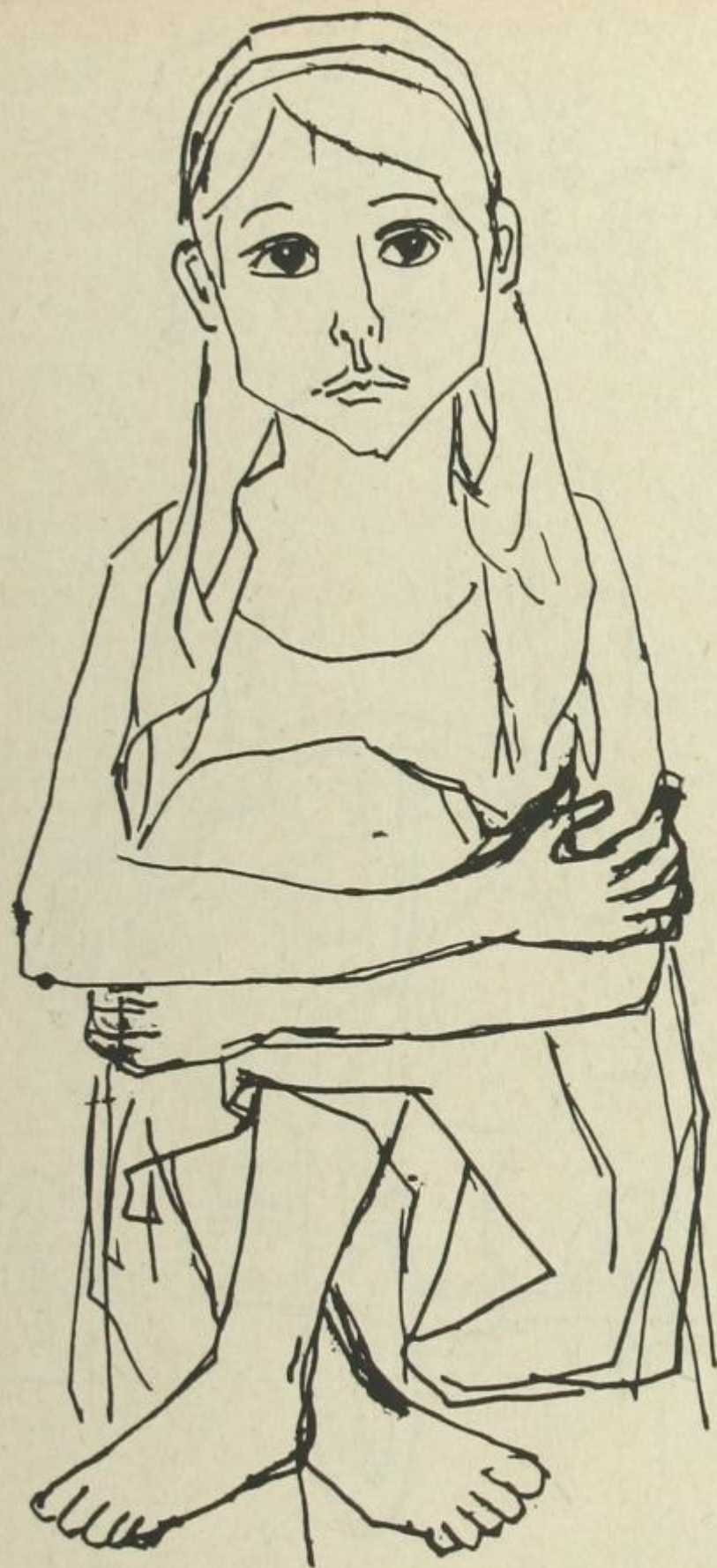
A esa madre a la que se le suicidó treinta años después, a esa que los vio partir, a esa que no los supo gozar, les comparto mi dolor, les doy mi miedo. Gallina rodeada frente a chimeneas siempre prendidas, no quiero dolor. Quiero animales y libros y trenes y caras de sorpresa y columpios, y arena en los zapatos y narices sangrantes. Quiero dientes caídos y diarreas y camas orinadas que conjuren mi infinita estupidez.

Despierta hijo ahora, así a mitad de la noche, te quiero volver a mirar. Olvido los cines, los libros y mi pasión. Vamos, vámonos juntos mirando a los tigres, corriendo a esos lobos que te vinieron a asustar. Tócame, lléname de tu presencia desde la banca chiquita y rayada de tu salón, desde tus bolsas con polvo, desde tus frascos de grillos y tus experimentos con jabón. Pregúntame, sigue hablando tú no quiero sabes parar, tú que necesitas tanto mi desesperado escuchar, mi prisa, mi tiempo compartimentado, compartido y que quiere ser, grita y pelea, quéjate por mí y cuéntame otra vez quién te regaló esas estampas y por qué cortaste el nuevo cojín.

Rompe la lámpara y vamos a comprar la plastilina. Vende la fruta recién traída en tu puesto de la puerta, rebélate contra la leche y la carne, defiende tus dulces y tus ganas de no ir, de no bañarte, tu coquetería color de calcetines amarillos, tu odio a la crema para el sol. Protesta por mis siestas, oponte a mis salidas,



*Dibujo de Fanny Rabell*



*Dibujo de Fanny Rabell*

a que leo y hago el amor. Quéjate de las puertas cerradas, usa mis discos cuando no te puedo ver, quítate los zapatos en los charcos, rompe la alcancía y desperdicia el papel. Te amo con tus caracoles y corcholatas metidas en mi cajón. Te amo porque te cuido, porque exiges todo y porque yo te lo doy. Te amo porque hasta me vuelves cursi, porque te acabas mis cerillos y también porque ahorita no estás y me dejas estar a mí. Su existir es el mío, el sentido del mío, porque haberlos hechos es al fin lo más grande que ha salido de mí.

## CARA LENTA

La maternidad es el estado de la mujer, es lo más suyo, lo único, lo excepcional que puede dar de sí. Hay mujeres que trabajan y otras que no, mujeres que se divierten y otras que no, mujeres que piensan, crean, van y vienen o no. Pero las mujeres son madres y eso es lo más grandioso que les empieza a suceder.

Reivindicar la maternidad se vuelve tarea central del feminismo.

Reivindicar la maternidad no significa reivindicar el trabajo doméstico.

La mayoría de las mujeres relacionan el tener hijos con una enorme cantidad de trabajo físico, de tiempo ocupado, de desvelos.

Parece ser el fin de una supuesta libertad que de todos modos nunca tuvieron. Por esa razón la mayoría termina por sentir la maternidad como una carga, como una limitación en la vida, la culpable de estar encerrada, de impedirle ser.

La maternidad es un embarazo maravilloso y bien alimentado, sin medicinas caras ni ginecólogos paternalistas. La maternidad es un bebé que se pone junto al seno y se queda ahí por mucho tiempo. La maternidad es un niño que reconoce, habla, aprende. La maternidad es una mujer que obliga a lavarse los dientes y limpiarse la nariz, que enseña a amarrarse las agujetas, que regaña, que sabe contar cuentos, que lleva y trae amiguitos por toda la ciudad y que manda a componer el televisor.

La maternidad es una libertad limitada pero una ampliación de todas las potencialidades de ser mujer. La maternidad es enseñar, cuidar, dar cariño, explicar, enojarse.

Si las mujeres fueran capaces de tener interés, de trabajar, de concebir su vida más allá, si recibieran servicio de buenas guarderías y pañales, cooperación del marido para alimentar en las noches, si dispusieran de lavadoras de platos y de ropa, la maternidad sería diferente: sería lo que es.

Pero las mujeres no tienen nada de eso. Por eso la maternidad les pesa y les asusta y al mismo tiempo la ven como su obligación, su única opción y su propio desvalor. Las mujeres creen



*Dibujo de Fanny Rabell*

que es necesario tener lleno el refrigerador, preparar todos los días alimentos complicados, invertir mucho dinero en toda suerte de aparatos, sillas, juguetes, dulces y alimentos preparados, seguir horarios, ideas médicas y psicológicas que se supone son necesarias para que el niño crezca feliz y la madre decrezca infeliz.

Una buena alimentación no tiene por que ser demasiado cara ni complicada. Un hijo no necesita de su madre las veinticuatro horas del día. Un niño se ensucia, rompe los pantalones, pinta las paredes, se sube al sillón de la sala y no pasa nada. Un niño come cuando tiene hambre y se duerme después de jugar y se baña de vez en cuando y no pasa nada.

Una mamá no es una cocinera y una nutrióloga, una enfermera y una psicóloga, maestra, chofer, alcancía. Una mamá no tiene que convertirse en un ser aislado de la vida, del mundo, porque tiene un hijo. Una mamá es una persona, sus amigas y vecinas y hermanas son personas con quienes puede compartir las tareas, los cuidados, la educación.

La maternidad puede ser soltura y relajación, puede deshacerse de los principios morales, de las negaciones continuas, de las presiones sociales del deber ser para quedar en paz.

Un hijo independiente es resultado de una mamá floja.

Un hijo puede aprender un modo de vida menos tenso y prohibitivo, un niño debe tener también obligaciones que

cumplir. Los niños como centro del mundo, los niños como seres ociosos e inútiles los primeros veinte años de su vida, absorbiendo además la energía, el consumo y el tiempo de otros seres llamados mamás, son un invento reciente del capitalismo y de la burguesía. Un niño puede y debe tener responsabilidades en su diario quehacer y dentro del hogar. Un niño puede colaborar para que la vida de su madre sea menos cansada y menos estúpida. Un niño puede ser independiente si la madre no se aferra a él y pone ahí todas y sus únicas esperanzas de realización y de afecto, si no llena con él todo su tiempo vacío, si no repite en él sus frustraciones y modelos.

Hemos perdido a la familia. Nos han encerrado entre las cuatro paredes de un apartamento enclavado entre el tránsito de mil vehículos, entre el ruido y los mensajes de consumo que sólo conducen a la más infinita soledad y desesperación. La vida se ha convertido en un pelear continuo contra el mundo para que todo el tiempo invertido en transportarnos y cumplir un horario de trabajo reditúe el dinero que pueda alcanzar, que se pueda gastar. Nos han encerrado en salarios que se abren al crédito, que se abren al consumo inútil, que se abren a la deuda y a la desesperación y a la frustración de las fantasías más hollywoodescas.

Un niño no necesita todo lo que dicen que necesita. Un niño puede estar solo. Un niño es un compañero para hablar, estar, caminar, discutir, pensar. Un niño y una mamá pueden relajar las mil y una tareas domésticas inútiles y cacofónicas sin las cuales se puede vivir muy bien. Una mujer debe recuperar a su gran familia que significa ayuda, consuelo, pláticas y compartir. Una mujer puede voltear a mirar a las obreras y a las sirvientas para aprender de ellas la familia crecida, la ayuda mutua y los encargos, los hijos que circulan por la vida integrados a los acontecimientos diarios, sin secretos, sin mundos psicoanalíticos, sin deberes de ir a pasear y comprar juguetes educativos, sin dejar de ser ella misma para hacerse toda de ellos. Una mujer puede así criar hijos rebeldes contra la mezquindad.

Una madre y un hijo buscan amigas, vecinas, hermanas y comparten con ellas el trabajo y aprovechan entonces su gran potencial y su tiempo libre para mirar al mundo y ser parte de él y no esperar a que los hijos se vayan para llorar el sentido concluido y vacío de la vida.

La maternidad es el gran placer. Es el miedo nocturno por la enfermedad, el regaño, el cariño, el baile de fin de cursos, las preguntas, las despedidas. Lo más grande de la mujer está en esos insospechados seres que es capaz de enseñar a vivir. La mujer no es igual al hombre, la mujer es madre. J